LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VI — BARCELONA 26 DE SETIEMBRE DE 1887 — NUM. 300

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Una lección de magnetismo*, por don Luis Mariano de Larra. – *El misionero*, por la Baronesa de Wilson.—*La Providencia*, por don José de Siles.—*Física sin aparatos.*

GRABADOS. – *Encuentro en la pradera*, cuadro de A. Saster.—*El P. Juan de Mariana*, estatua de Eugenio Duque, erigida en Talavera de la Reina.—*Aves de amor.*—*Flores y espinas*, cuadro de H. Lengo.—*Doña Inés de Castro*, cuadro de M. Cubells. – *Don Miguel Juárez Celman*, Presidente actual de la República Argentina. – *Escuelas graduadas de niñas*, edificios levantados en las calles Talcahuano y Tacuarí, por cuenta del Consejo Nacional de Educación.—*Escuela graduada de varones*, edificio levantado en la calle Rodríguez Peña, por cuenta del Consejo Nacional de Educación.—*Física sin aparatos.*

NUESTROS GRABADOS

ENCUENTRO EN LA PRADERA
cuadro de A. Saster

Bonito paisaje, animado por unos cuantos animales perfectamente estudiados. Tratándose de protagonistas irracionales, el título del cuadro resultaría algo atrevido, si la habilidad del artista no hubiese suplido las dificultades de expresión de su propia idea. Gracias á esa habilidad, el encuentro del asno con la vaca y la ternera parece propiamente una cita concertada entre amigos.

EL P. JUAN DE MARIANA
estatua de Eugenio Duque

Nació el famoso autor de la *Historia general de España* en Talavera, allá por el año 1536. Ingresó muy joven en la Compañía de Jesús; fué profesor, al poco tiempo, en el Gran Colegio de Jesuítas de Roma, en otro de Sicilia y en la Universidad de París, y murió en 1623.—¿Y nada más?...—preguntará el profano. – Nada más, bajo el punto de vista biográfico. ¿Cómo se explica, entonces, que su patria le haya erigido, con aplauso de propios y extraños, un monumento en su población natal, cuyo remate es la bella estatua que reproducimos en el presente número? Muy sencillo.

Mariana fué algo más que un historiador grandilocuente, un prosista castellano tan castizo como elegante, un teólogo insigne, un filósofo profundo y hasta un economista superior á su tiempo. Su verdadera fisonomía, su mérito singular, su verdadera altura, digámoslo así, los constituyen el hecho, singularmente demostrado en sus obras, de ser quizás el único religioso español que, en los agitados tiempos de la Reforma, quiso destruir á ésta por medio de la razón, cuando todos, en España y fuera de ella, querían aniquilarla por medio de la tea inquisitorial y la segur del verdugo. Mariana empleó en el siglo XVI los medios que reprodujo el insigne Balmes en el XIX. La ventaja en favor del jesuíta es de fecha y da carácter especial de la respectiva época. En nuestros tiempos se discute; en aquéllos se decía:—¡Cree ó muere!...—El P. Juan de Mariana continuó creyendo y discutiendo, sin arredrarse ante la sentencia del Parlamento de París que mandó quemar, por mano del ejecutor de la justicia, su libro *El Rey y la institución real.*

No son muchos, por desgracia, los españoles que conocen la importancia bajo muchos conceptos merecida por Mariana. El insigne don Francisco Pí y Margall la evidenció en el *Discurso preliminar* que precede á las obras del famoso jesuíta publicadas en la nunca bastante ponderada *Biblioteca de autores españoles.* Cuando el autor de la primera *Historia general de España* no tuviera otro título á la gratitud de los pueblos, habría de merecérselo el hecho, repetido en todas sus obras, de que, en tiempo de intransigencia y de fuerza, invocara los fueros de la razón, de la tolerancia y de la caridad.

AVES DE AMOR, cuadro de H. Lengo

Al título de este cuadro ha añadido su autor el de *Flores y Espinas.* Ambos á dos le son aplicables: en la alternativa, nos quedamos con el primero.

Lengo simboliza el espíritu de la Hermana de la Caridad en la paloma que viene á posarse en su seno. La paloma, según los naturalistas, carece de hiel en el corazón. A la Hermana de la Caridad sucede lo propio. He aquí la perfecta analogía de una y otra ave de amor. Lo de las flores y las espinas no deja de ser cierto, pero es menos inteligible.

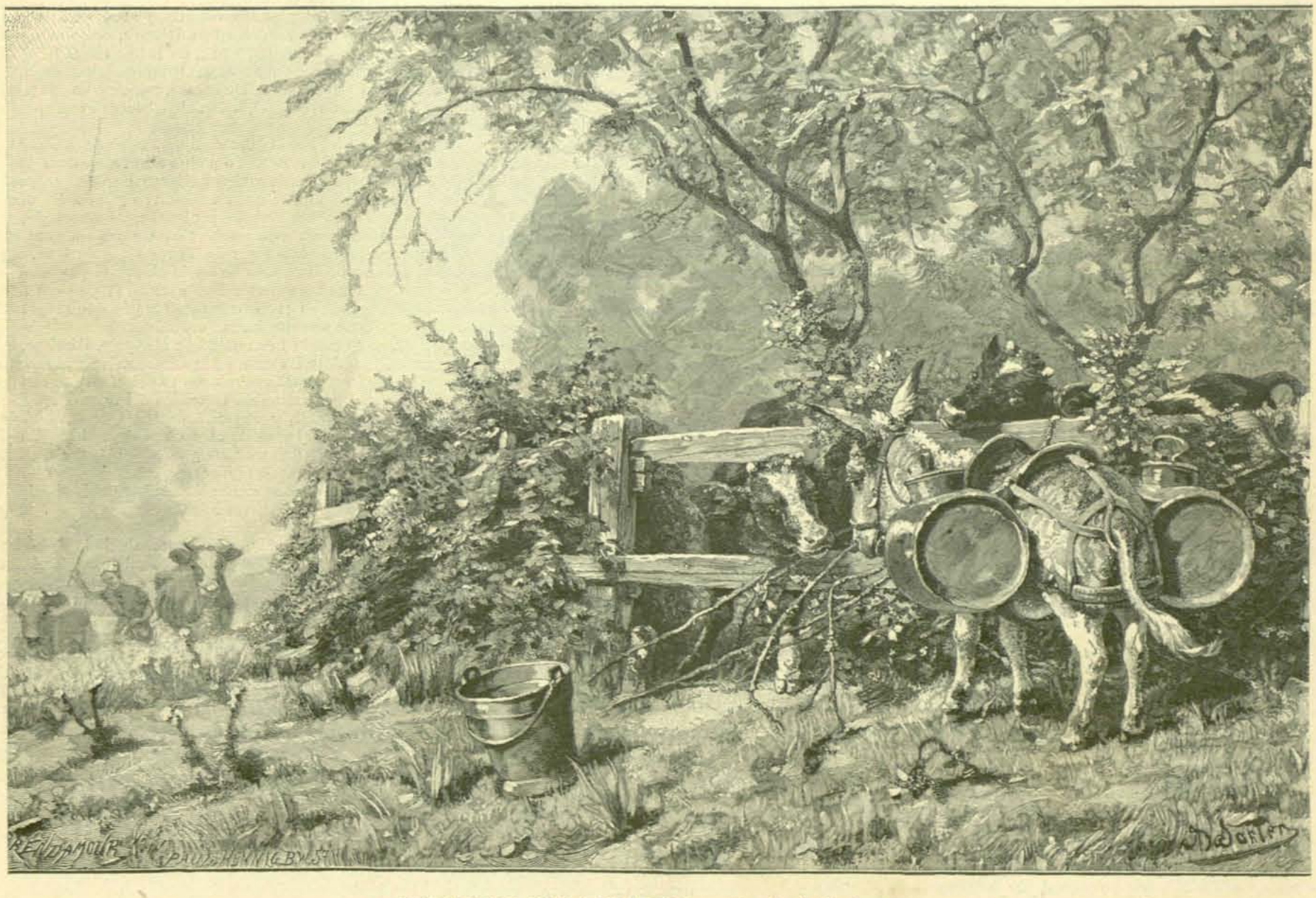
Dado este poético concepto, hay que convenir en que el artista le ha dado una forma bellísima. El semblante de esa mujer es un modelo de amor inmaterial, de dulzura celeste, de esa bondad infinita, cuyos frutos de bendición nos permiten formar una idea de lo que puede ser la caridad divina.

Lengo es un pintor sin escuela precedente y sin pretensiones á crearla. Sus cuadros no se parecen á ningún otro cuadro. Ama á las flores y á las aves, y las emplea para simbolizar algo sublime ó algo epigramático; pero siempre algo bello. En ciertas ocasiones se pasa de idealista. A nosotros nos place que así sea. El arte ha de reproducir la tierra con el pensamiento fijo en el cielo.

DOÑA INÉS DE CASTRO, cuadro de M. Cubells

Cuando el infante D. Pedro de Portugal, hijo del rey D. Alfonso IV, hubo enviudado de su esposa doña Constanza (1345), casó secretamente con Inés de Castro, dama de aquélla, por quien há tiempo sentía una pasión violenta. No pasó tan secretamente el hecho que no trasluciera á la corte y al pueblo, que hicieron de Inés el blanco de sus odios, hasta el punto de suponer que trabajaba el ánimo de su esposo á fin de sustituir sus hijos á los hijos de la primera infanta, en la sucesión de la corona portuguesa. Por tales medios y otros no menos reprobables, consiguieron que Alfonso IV autorizara la muerte de su pobre nuera, asesinada villanamente en el pueblo de Montemor, ó Velho, por tres señores de la corte, llamados Pacheco, Coelho y González.

En 1356, el infante D. Pedro sucedía á su padre en el trono, y su primer cuidado fué vengar á su difunta esposa. Para ello dió horrible muerte á dos de sus asesinos, Coelho y González (Pacheco consiguió escapar disfrazado de mendigo), y no satisfecho con esas ejecuciones, mandó exhumar el cadáver de doña Inés y que colocado



ENCUENTRO EN LA PRADERA, cuadro de A. Saster

á su lado, en el trono, recibiera pleito homenaje de aquellos cortesanos que tanto la habían perseguido en vida.

Tal es el trágico asunto representado por Martínez Cubells en el cuadro que reproducimos y que ha valido á su autor una medalla de primera clase en la última Exposición nacional de Bellas Artes. La interpretación del hecho es realmente feliz, pues, aparte la bien entendida disposición de la escena, es notable la expresión de los personajes que en ella intervienen. D. Pedro I domina con su colérica mirada á los cortesanos; el infante D. Fernando no oculta el miedo que le inspira aquella extraña ceremonia; prelados y nobles son tipos de humillación y bajeza; al paso que las damas palatinas contemplan el cadáver de Inés con tanto terror como odio, mal resignadas con el desairado papel á que las obliga el vengativo encono del monarca. Lo único que tal vez pudiera tildarse en este lienzo es la figura, ó lo que sea, de doña Inés, que nos parece no corresponder á un cadáver que llevaba cinco años de enterramiento cuando tuvo lugar el intempestivo desagravio.

EL DOCTOR JUAREZ CELMAN
Presidente de la República Argentina

Nos complacemos en publicar hoy su retrato.

Es el más joven de los Presidentes de aquellas repúblicas á las que un día dimos la sangre, el idioma y hasta la tradición de nuestras glorias.

Diputado, Senador, Ministro, Gobernador de la importante provincia de Córdoba, el Doctor Juárez Celman—miembro de esta nueva generación que en América lleva en su frente luz de esperanza, y en su espíritu *sed de progreso*, como decía Pelletán—pudo presentarse candidato á la Presidencia de su patria *con un capital propio*, legitimando la justicia y pureza de sus ambiciones.

El voto espontáneo de la mayoría de sus compatriotas las colmó, elevándolo á la primera magistratura de una República que llama hoy la atención del mundo por lo asombroso de sus progresos, por la manera ordenada con que funcionan las instituciones, y por la tranquilidad con que se suceden los gobernantes, que hace ya muchos años suben al poder, no en nombre de la violencia ni al calor sangriento de las revoluciones, sino en nombre de la voluntad nacional, libremente manifestada en las urnas populares.

El Doctor Juárez Celman, – decía no há mucho el conocido orador señor Varela, en su discurso en el Ateneo de *San Baudilio*,—«por su patriotismo, por su inteligencia, por su probidad, por el acierto con que está gobernando, por la fe que tiene en la libertad y el progreso, y por el cosmopolitismo de su espíritu, *que ve hermanos en los hombres de todos los pueblos*, es muy digno de ser Presidente de una nación como la República Argentina.»

Hacemos nuestras esas palabras al publicar el retrato de tan simpático magistrado.

CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN
en Buenos Aires

El desarrollo é impulso que de pocos años á esta parte ha tenido la República Argentina en el importante ramo de la educación, revela no sólo los grandes elementos y recursos con que cuenta, sino también el interés con que sus gobernantes atienden este servicio.

La República Argentina es de las naciones que más gastan en instrucción pública, como lo prueba el siguiente estado comparativo, que nos suministra el censo escolar del Sr. Latzina.

PAISES	AÑO Á QUE SE REFIEREN LAS CIFRAS	PRESUPUESTO TOTAL DE GASTOS EN $ M/N.	PARTE DEL PRESUPUESTO DESTINADA Á INSTRUCCIÓN
Francia	1883	815,071,406	5, 4 %
Rusia	1883	622,804,338	3, 7 »
Alemania	1883 – 1884	539,659,730	5, 3 »
G. Bretaña é Irlanda	1882 – 1883	444,531,390	5, 1 »
Austria-Hungría	1883	416,634,996	2, 8 »
Italia	1883	312,773,714	3, 7 »
España	1882 – 1883	156,527,850	3, 3 »
Turquía	1880 – 1881	86,169,436	2, 2 »
Brasil	1880 – 1881	69,291,500	2, 2 »
Bélgica	1883	64,870,563	6, 7 »
Países Bajos	1882	55,244,743	8, 2 »
República Argentina	1884	34,053,484	9, 1 »
Rumanía	1883—1884	25,007,907	9, 3 »
Suecia	1883	22,443,500	12, 6 »
Dinamarca	1882 – 1883	14,997,896	3, 3 »
Grecia	1883	14,414,402	4, 4 »
Suiza	1883	9,734,800	17, 9 »
Servia	1883 – 1884	6,955,503	7, 8 »

Este cuadro demostrativo acusa un adelanto intelectual en el país, que en pocos años ha de colocarle al nivel de las naciones más adelantadas del viejo continente, siendo hoy una de las primeras de Sud-América.

La nación tiene un presupuesto crecidísimo para el sostenimiento de las escuelas y colegios nacionales, y para atender solamente á los gastos de las escuelas públicas de la capital tiene asignado el 40 °/o de la contribución directa según ley.

Las escuelas públicas de la capital ascienden hoy á 162, á cargo de 203 maestros y 394 maestras, que forman un total de 597.

El número de varones inscritos es de 11,282, el de niñas 12,738: total 24,020.

Asistencia media 19,533.

Los sueldos importan mensualmente 24,588 pesos m/n. Los alquileres de edificios 12,816,26 y los gastos 960,26. En junto, el gasto mensual es de 38,314,92, siendo por término medio el costo de cada maestro de 41 pesos oro y el de cada alumno por inscripción $ m/n. 1,62 y asistencia media 2,03.

Los edificios que por cuenta del Consejo de Educación se construyen en la actualidad en la capital, son moradas verdaderamente lujosas, levantadas para el gran fin á que se destinan, sin omitir nada absolutamente para demostrar al extranjero que las visite que Buenos Aires, cuando se trata de adelantos y de cuanto redunde en provecho de sus hijos y, en general, en beneficio de todos los ciudadanos, no escasea su valioso concurso.

Las nuevas escuelas edificadas reunen todas las condiciones requeridas; capacidad, tanto de las aulas como de los demás compartimientos; sencillez, higiene, aguas corrientes, alumbrado, en una palabra, edificios que si se comparan con las antiguas escuelas, pobres y mezquinas, no puede menos de sentirse un legítimo orgullo, por el cuadro halagador que bajo todos conceptos presenta la República Argentina en las grandes manifestaciones del progreso y en los torneos de la inteligencia.

UNA LECCIÓN DE MAGNETISMO
CUENTO CIENTÍFICO-FEMENINO

Conste, ante todo, para evitar juicios equivocados é interpretaciones falsas, que yo creo *á pies juntillas* en la *Ciencia*. No en la ciencia *filológica*, por supuesto, que me hace expresar mi credulidad absoluta con la frase *á pies juntillas;* frase sin sentido; concordancia vizcaína, expresión ilógica y uno de los cien mil absurdos lengüísticos que el uso autoriza y del que los sacerdotes académicos no protestan. Creo en la *ciencia* física, en la ciencia geológica, en la ciencia matemática, en la ciencia química; en una palabra, creo en todos los adelantos, problemas, axiomas, leyes, descubrimientos y reglas de las ciencias *exactas*, *físicas* y *naturales*.

A las ciencias *morales y políticas* no las tengo el mayor respeto, francamente. Los principios filosóficos que han sido verdades irrecusables en siglos pasados, son hoy estúpidas lucubraciones; las leyes morales, basadas en las costumbres, en el clima y en la idiosincrasia de los humanos, suelen ser sagradas en tal época ó tal pueblo, y ridículas ó inútiles por lo menos en otro tiempo y distinto país; y en cuanto á los principios políticos, *allá van leyes do quieren Reyes:* y todos son buenos en teoría, y casi todos detestables en la práctica.

En fin, yo respeto, yo creo y yo admiro *la Ciencia*, tal como entendemos hoy esta palabra en su sentido absoluto y sublime. Quédese, para espíritus sistemáticamente retrógrados, la rebelión á todos los hechos científico-maravillosos, y la credulidad para todos los milagros del dogma; quédese para inteligencias tímidas negar la pluralidad de los mundos de Flammarión y creer en la detención del sol por Josué; tachar de impía la doctrina Darwiniana porque hace hablar á los monos y tener por sublime el libro que hace hablar á la burra de Balaán; como si de burros á monos hubiera tanta diferencia, y como si pudiera alardear de sublime, excelso é infalible el pobre animal-humano que creyó primero en Manú y adoró la cebolla; tembló después ante Júpiter y los Centauros; se arrodilló luego ante *Visnú y los elefantes blancos*, y hoy cree como yo, *á pies juntillas* también, en Santo Toribio de Mogrovejo, San Juan ante-portamlatinam, el cuervo de San Pablo y el cochino de San Antón.

Vuelva á quedar sentado que yo creo y respeto la *Ciencia:* pero como la Ciencia es una palabra muy lata, conviene precisar á cuál, en las infinitas ciencias que la Ciencia abarca, dedico mi especial simpatía y mi más ferviente admiración. Esta ciencia es la *Medicina*, y los progresos físico-psíquico químico-fisiológicos que á ella se refieren son los que más avasallan mi espíritu y más entretienen las cuatro ó cinco horas diarias que en todo tiempo y sazón, y desde mis más tiernos años, dedico á la lectura. No digo esto por parecer sabio ¡líbreme Dios! sino por hacer constar lo que yo habré leído. Por desgracia, mi detestable memoria confunde fechas, autores, libros, materias y principios, y toda mi inutilísima erudición sólo me ha servido para no poder leer una línea del Misal romano sin cristal de aumento, y para renunciar con profunda pena á la lectura de *todos* los periódicos políticos españoles. La misma *Correspondencia de España*, el periódico más español y más sublime de la edad moderna, es para mí, desde hace muchos años, incomprable é ilegible. ¡Sí seré desgraciado!

La simpatía, el respeto, el cariño que la Medicina me inspira tiene un origen legítimo y personal, que no quiero ocultar á mis lectores. Mi abuelo, el padre del célebre Fígaro, era médico y médico notable. Sirvió en el ejército de Napoleón I como *físico* (que así se llamaban entonces), fué después médico de Cámara del Infante don Francisco de Paula en España; perteneció luego como médico de número al Hospital General de Madrid (que así se llamaba también en aquella época) y á él se deben varias obras de importancia, entre las que figuran la primera traducción de la *Toxicología de Orfila*, su amigo y compañero.

Mi padre, el célebre don Mariano José de Larra, se matriculó algunos años en la facultad de Medicina, y si hubiera adquirido su borla de doctor, quizá no hubiese alcanzado la corona inmarcesible de su celebridad, pero es indudable que hubiera vivido muchos años en la quietud serena de las profesiones científicas.

Desde muy joven trabé amistad con el célebre y malogrado doctor D. Mariano Benavente y en sus brazos nacieron mis tres hijos, y á él debí la vida no pocas veces en mi juventud y mi edad madura. Su amistad me hizo agradable su profesión y díme á leer cuantos libros de medicina cayeron en mis manos, sin el menor provecho, como es natural, para mi saber ni para mi salud.

Tengo un hijo político notable doctor en Medicina, y entre mis mejores amigos figuran Tolosa Latour y Gustavo Saenz Díez, médico el primero del Hospital del Niño Jesús y célebre especialista aunque muy joven aún, y notable médico y químico el segundo. Con todos estos antecedentes y consecuencias, figúrense Vds. si seré yo *aficionado* y si estaré *inficionado* en la Medicina.

No contento con tragarme (perdóneseme el verbo) la Medicina legal, la Toxicología y el Ensayo sobre la razón y la locura, de Mata; la Patología médica de Jaccoud; la Terapéutica y materia médica de Trousseau y Pidoux, etc., sugirióme el diablo la idea de viajar por los espacios imaginarios de la ciencia, en compañía de Mesmer y de sus varillas, del Marqués de Puysegur, de Foillac, de Berna, del abate Faria, de Alejandro Bertrand, del general Noizet y de tantos otros que creían y hasta explotaban los fenómenos debidos al sonambulismo y al magnetismo animal.

Hoy, que ya se sabe todo lo que hay que saber, *por ahora*, respecto á estos fenómenos; hoy, que gracias á James Braid, inventor, ó mejor dicho, descubridor del *hipnotismo*, se sabe que no existe ningún fluido magnético, ninguna fuerza misteriosa emanada del hipnotizador; hoy, que el americano Grimes ha propagado esta doctrina llamándola *electro-tiología*, y el doctor Dods ha aplicado el nuevo método *psicólogo-eléctrico* para producir la insensibilidad en las operaciones quirúrgicas; hoy, que el doctor Bernheim, con su obra: *La sugestión y sus aplicaciones terapéuticas*, ha puesto al alcance de todos lo que hay de cierto en el *hipnotismo*, y lo que había de falso en el *magnetismo* propiamente dicho, mi cuento no tiene razón de ser. Pero como mi cuento pasa en los años de 1850 al 60, no puede menos de resentirse del atraso de aquella época en punto á fenómenos hipnóticos y sugestivos.

Ello es que en uno de los cafés más concurridos de Madrid, nos reuníamos, después de comer, varios amigos, para saborear con gestos de perpetuo desagrado las achicorias amargas que con el nombre de café suelen servir en aquellos antros de la pereza madrileña. Cinco ó seis éramos los abonados, y de entre ellos el más asiduo un médico entrado en años, más feo que Picio, más calvo que San Pedro y más alto y delgado que D. Quijote de la Mancha; pero chancero, decidor, y un si es no es aficionado á la caza de la más bella mitad del género humano, en todas sus diversas manifestaciones de categoría ó de fortuna.

Metía por aquella época el Magnetismo el mismo ruido que metió años después el Espiritismo, y que hoy acompaña al Hipnotismo, como rodeará más tarde á otro cualquiera de esos acabados en *ismo*, que como piedras miliares señalan las distancias en el camino de la ciencia.

Discutíamos una noche los susodichos contertulios sobre los fenómenos de moda; se comentaban los hechos experimentales de que teníamos noticia; sentían nuestros dedos la necesidad de dar *pases* á todos los amigos y conocidos; y el que más y el que menos se creía poseedor de un fluido magnético capaz de hacer dormir al león del Retiro. El doctor se sonreía maliciosamente y nos dejaba disparatar sin tomar parte en la discusión. Convínose, por último, en que la *mujer* era un gran sujeto sonambúlico superior al hombre, y en que no había nada más fácil que hacerla caer en la somnolencia científica.

– Y V. ¿qué opina? – preguntamos todos á nuestro contertulio que, en vez de morderse las uñas como algunos sabios, mascaba con fruición la punta roma de un cigarro habano.

– ¿Yo? No opino nada en materia tan controvertible; pero voy á relatarles á Vds. un caso práctico, en que he sido el operador y el héroe.

– Oigamos, oigamos, – le dijimos todos, apretándonos al rededor de la mesa para escuchar mejor su relato.

– Procuren Vds. no interrumpirme, escuchen con atención y saquen después las consecuencias que gusten.

Yo visito de tarde en tarde, entre mis clientes aristocráticos, á una simpática y desocupada Marquesita, que padece de una *neuralgia*, que llamaríamos jaqueca á ser ella tendera de comestibles. Hace varias noches recibí un recado urgente para ir á visitarla, y acudí presuroso, no tanto por creer de gravedad su dolencia, como porque no hay nada más agradable para un médico inteligente que el caso clínico de una enferma nerviosa, joven, bella, distinguida y caprichosa. De seguro, mientras yo atravesaba las calles de Madrid, ella debía hacer el monólogo siguiente:

– ¿Tendré hoy la jaqueca ó un ataque de nervios? Eso es cuenta del médico. Yo podría aliviarme, como tantas cursis, con el agua de azahar ó el hierro Bravais. Pero prefiero una buena crisis, que me sacuda en grande. Mi doctor es un hombre tan buscado, por las señoras sobre todo, que quizá no venga esta noche. ¡No me inspira gran confianza! ¡Tiene más fama de Tenorio que de Galeno! ¡Y cuidado si es feo! pero en fin, le observaré despacio, y si no me cura me entretendrá al menos. ¡Y yo estoy mala! ¡muy mala! ¡Es preciso que yo sepa lo que tengo! Me parece que no estoy bastante pálida...

Y todo esto lo diría mirándose al espejo, dándose polvos, llevándose las manos á la cabeza, más para arreglarse el cabello que para oprimir sus sienes. Creo que con esta pintura, ya estarán Vds. enterados del sujeto.

Llegué, entré, y previos los saludos de costumbre y un «gracias á Dios» de esos que llegan al alma, tomé asiento al lado de mi enferma. El monólogo se convirtió en diálogo del modo siguiente:

– ¿Con que no se siente V. bien? ¡Qué lástima! Este verano todas las mujeres bonitas están enfermas. ¿Y qué es lo que V. tiene?

– ¿Lo que tengo? pues hijo, para saberlo le he hecho á usted venir. ¿Qué sé yo? ¡es muy difícil de explicar!... ¡no sé!... en fin, á V. le toca averiguarlo.

– Soy médico, señora, pero no brujo. Es preciso guiarme... responderme al menos. Vamos á ver. ¿Qué la duele á V.? ¿la cabeza? ¿el estómago? ¿la garganta?

– ¿No recuerda V. aquel célebre médico que al acercarse á un enfermo le decía: «¿Qué te pasa? ¿á ver? ¡si tienes calentura no me lo niegues!»

– ¡No tanto, señora, no tanto! – contesté, sonriéndome de mala gana.

– ¡Lo que tengo! ¿Cree V. que yo apunto en mi cartera los dolores que siento? ¡Tengo otras cosas más importantes que hacer! Sufro... padezco... no sé más.

– Perfectamente: ya me parece que voy viendo claro. Deme V. esa linda mano.

Pausa. Conste que la mano de mi enferma era hermosísima.

– Nada de disimulo, amigo mío; si estoy realmente enferma, digamelo V. sin rodeos. Soy tan impresionable...

—Ya lo sé; por eso lo primero que hay que hacer es calmar esos nervios.

—¡Justo! ¡los nervios! De modo...

—Que es preciso seguir un tratamiento... Ir á unas aguas minerales.

—¿Cuáles?

—Las que V. quiera... es igual.

—¡Y yo que creía que mi médico era un hombre formal!

—Lo más formal del mundo, Marquesa. Yo la prescribo á V. las aguas, pero no la digo que las beba, lo cual es muy distinto. Yo quiero, en bien de su salud, que cambie V. el *medio ambiente* que la rodea. Viajar por allá... ó por acullá... ¿qué importa el sitio, si encuentra V. la distracción? Veamos: las aguas minerales le repugnan á usted; ¿prefiere usted los baños de mar? ¿Biarritz? ¿Dieppe?

—¡Eso es otra cosa! ¡Los baños de mar! ¿Pero usted quiere arruinarme?

—¿Yo?

—Para no hacer una figura ridícula en esos sitios es preciso cambiar tres veces por lo menos de traje al día, además de los de baile: sin contar con que yo detesto las fondas y tendré que alquilar un chalet. No creo que V. me recete ir á un poblacho de cualquier costa donde no haya más que pescadores.

—¡Oh! ¡ya no hay pescadores, Marquesa! El pescadose fabrica en todas partes.

—Sí, la piscicultura... estos sabios lo acaparan todo. Dentro de algunos años tendrán fama los salmones del Manzanares y las ostras del Jarama...

—¡Usted se burla de la ciencia, Marquesa, y sin embargo la consulta!

—Y hago mal sin duda, porque no sabe curarme.

—En fin, señora, si usted no quiere ni las aguas ni los baños de mar, tendremos que apelar á la farmacopea.

—¿Pero V. no puede curar á una mujer sin atracarla de drogas?

—Según sea la mujer, y según su enfermedad; ¿usted quiere que sea franco?

—No deseo otra cosa.

—Pues entonces escuche V. la verdad. Su dolencia es el fastidio, ¡un fastidio mortal! La mujer, por sana que esté, es siempre un niño; necesita juguetes... y á V., joven, viuda, bella, rica y desocupada, le hace falta uno. Ni más ni menos.

—Entonces, ¿usted me aconseja...?

—Nada, señora; ¡Dios me libre!

—Pero es que yo no tengo apetito... que digiero mal lo que como... que no duermo.

—¡Malo! ¡malo!

—¿Qué me manda V.?

—Que tenga V. apetito, que digiera bien, y que duerma á pierna suelta.

—¡La receta es sencillísima! ¿Por qué no me receta usted algo en serio?

– En primer lugar porque los enfermos no siguen nunca las prescripciones del médico.

—Yo no seré de esos enfermos. Yo obedeceré á V. al pie de la letra.

—¡Ah! ¿usted insiste?

—En curarme. En acabar con este fastidio horrible que me devora. Créame V., amigo mío; mi corazón está completamente vacío, y quien quisiera ocuparle, no molestaría á nadie.

—(¿Qué es esto? – me dije yo á mí mismo.—¿Será que esta mujer me mire con buenos ojos? No estoy mal conservado... dicen que tengo gracia... etc., etc.)

—Sí, doctor mío, sí; – continuó la enferma. – La vida sería muy triste si no existiera la lectura... el sueño... la poesía... ¡Oh! ¡la poesía! ¡el ideal!... (Pausa.) ¿Usted se ha empeñado en morir soltero?

– Empeñado precisamente, no. Es más bien un sacrificio que hago en memoria de una mujer.

– ¡Ah! ¿de una mujer?... Cuénteme V., ¿no soy su verdadera amiga?—me dijo con voz conmovida, alargándome la mano. Yo se la cogí involuntariamente y la contesté:

– ¡De una mujer á quien amé, como ya no amaré nunca!

– ¿Qué sabe V.? – me dijo la marquesa, retirando su mano de la mía y paseándose por el tocador.

– (¡Demonio! ¡demonio!) – continué yo para mí, entre asombrado y satisfecho.

– ¿Con que V. sabe amar, y tanto? ¡Nunca lo hubiera creído!

– ¿Por qué, señora?

– Porque aunque su reputación de V. es tan grande en ese terreno como en el de la ciencia, creía yo que no se encuentran á menudo mujeres dignas de ser tan amadas.

– ¿Que no? ¡Ay, señora, abundan! ¡Las hay irresistibles! usted lo sabe mejor que nadie.

– ¿Yo? ¿Pertenezco acaso á ese número?

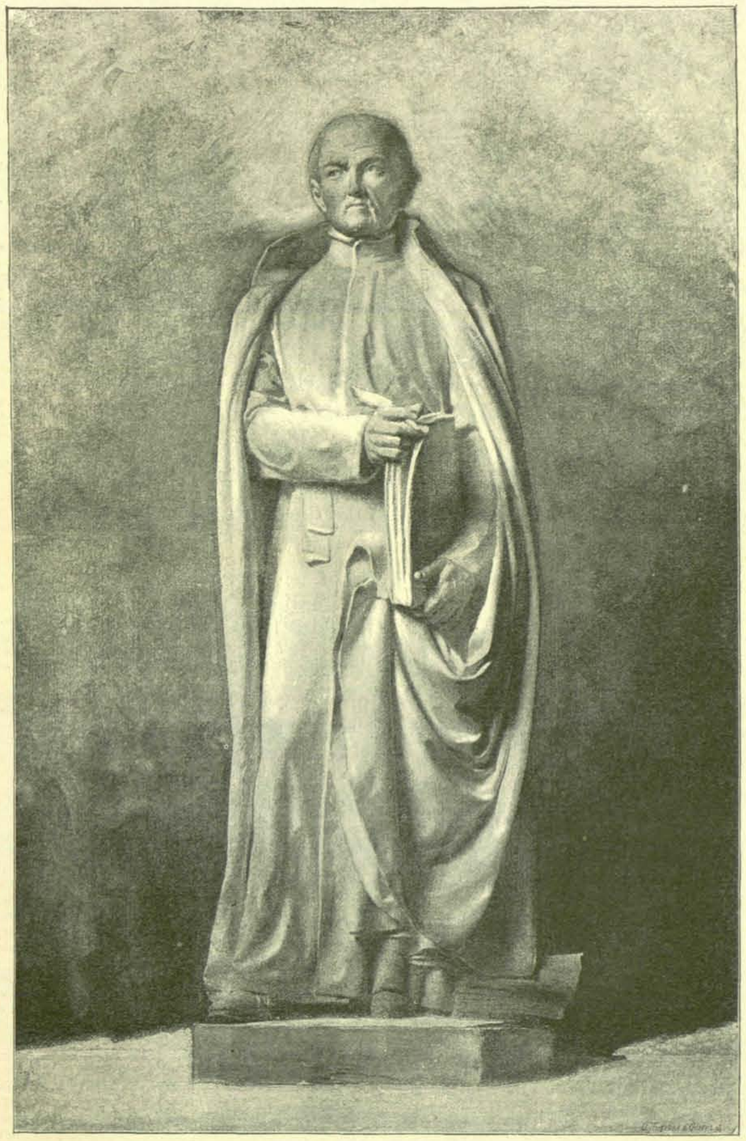
– ¡Es V. la más irresistible de todas!

– ¿De veras?

– Se lo juro con toda mi alma.

– Doctor, basta. Esta conversación nos llevaría demasiado lejos.

– ¡En sabiéndose detener á tiempo...!



EL P. JUAN DE MARIANA, estatua de Eugenio Duque, erigida en Talavera de la Reina

—No, no, amigo mío, usted conoce á las mujeres. Su cabeza, su imaginación trabaja siempre: una nada las impresiona, las conmueve. La realidad no las satisface nunca; necesitan siempre perseguir un ideal.

– (¡Diantre! ¡seré yo el ideal!)

– ¡Si V. supiera lo nerviosa que estoy! Hay sin duda en el aire corrientes magnéticas, que después de haber agitado todos mis nervios, suben á mi cabeza y bajan á mi corazón... ¿Cree V. en el magnetismo, amigo mío?

– ¿En el magnetismo? ¡Sin duda! El magnetismo existe... y yo podría... – (Un pensamiento diabólico se apoderó de mí en aquel momento para saberlo todo.)—Tanto existe el magnetismo,—continué, – que los médicos nos servimos de él algunas veces y obtenemos, en general, curas maravillosas.

– ¿De veras?

– Por eso, en las circunstancias nerviosas en que V. se encuentra, haría usted una excelente sonámbula.

– ¿Yo? ¿me dormiría á pesar mío? ¿Y V. sabe magnetizar?

– Ya lo creo.

– Eso es muy curioso. Y dígame V., ¿puede eso hacer daño?

— De ningún modo. Cuando está hecha la digestión no hay ningún peligro en magnetizarse. Diré más, he calmado muy á menudo varias neurosis con la ayuda de pases magnéticos. Las jaquecas, sobre todo, no resisten.

– ¡Oh! pero ese *mundo desconocido* en el cual se precipita el magnetizado, es muy grave.

– ¿Por qué?

– Dicen que durante ese sueño ficticio, se habla... se dicen cosas que no podría uno decir despierto... que no es dueño el sonámbulo... ni de su cuerpo... ni de su corazón...

– Señora, no me haga usted la injuria de suponer que yo abusaría...

– Abusar de su poder no digo... pero usar... Quizá me haría V. preguntas á las que me vería obligada á contestar... y entonces...

– Un magnetizador honrado no hace preguntas indiscretas, Marquesa.

– ¿Palabra?—me dijo mi enferma, mirándome fijamente.

– De honor. ¿Quiere V. que la magnetice?

– ¿Cree V. que me curaría?

– Lo espero. Vamos: tenga V. valor y confianza.

– Sea. No es cosa larga, ¿verdad?

– Un minuto... dos... cinco lo más. Deme V. la mano y míreme V. fijamente.

Me senté enfrente de la Marquesa y coloqué mis manos sobre las suyas palma con palma. Nuestros pulgares se tocaban mucho y nuestras rodillas algo. La Marquesa exclamó al cabo de un momento:

– ¡Va V. á hacerme reir!... ¿ve V. qué dócil soy? Yo la hice algunos pases magnéticos y ella continuó:

– ¿Qué hace V.? ¡Es extraño!... ¡Oh!... sí... siento una pesadez... un entorpecimiento general... mi vista se turba... no sé qué tengo... ¡Ah!... no veo... basta por Dios... ¡ah!...—Su cabeza cayó sobre un hombro y yo seguí magnetizándola, exclamando para mí:

– ¡Se ha dormido! ¡Diantre! es un magnífico sujeto magnetizable. Ahora, hay que hacerla hablar. Nuevos pases, aumento de fluido y primera pregunta, ya soy su amo. ¿Duermes?

– Sí... estoy perfectamente.

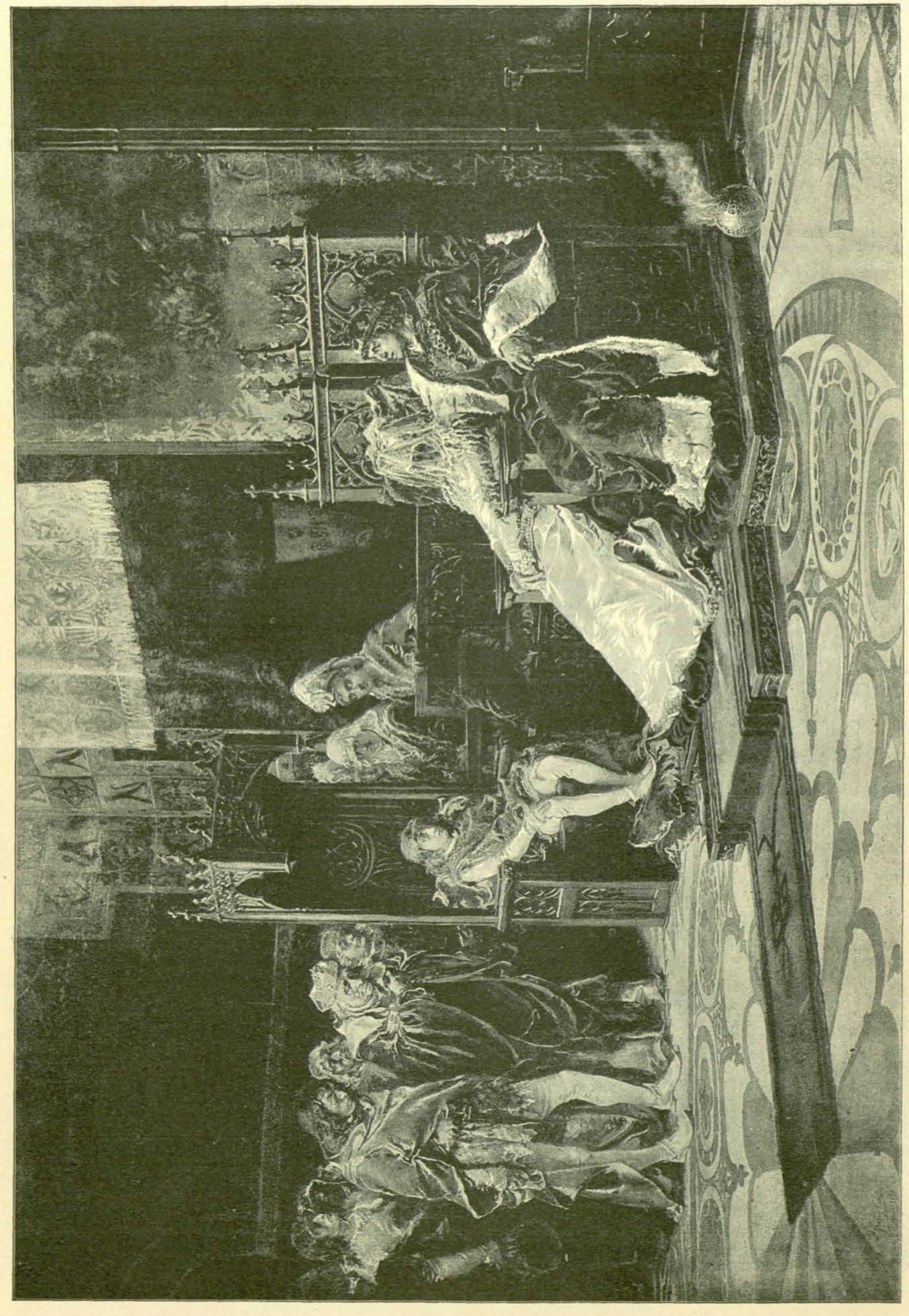
– ¿Quieres responder á mis preguntas?

– Pregunte V.

– ¿Qué sufre más en tí, la cabeza ó el corazón?

– El corazón.

AVES DE AMOR.-FLORES Y ESPINAS, cuadro de H. Lengo
Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887



EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1887

DOÑA INÉS DE CASTRO, cuadro de Martínez Cubells.-Medalla de primera clase

– ¡Ya me lo figuraba yo!... ¿Qué experimenta tu corazón? ¿qué le falta?

– Una afección. (Esto dicho lentamente.)

– ¿Acaso has elegido ya el hombre que puede inspirártela?

– Sí (en voz baja).

– ¡Su nombre! ¡dime su nombre!

– ¡Oh no, eso no! ¡no quiero, no quiero pronunciarle! (en voz más baja todavía).

– ¡Lo quiero! ¡lo mando!—repetí los pases; arrojé sobre su frente más fluido y añadí:— su nombre... dime su nombre... ¿quién es?

– ¡Usted!—dijo la Marquesa con voz casi ininteligible.

Oirla y levantarme de un salto de mi silla, fué obra de un momento.

– ¡Será cierto!—dije sorprendido y halagado.—¡He inspirado á mi edad una pasión, capaz de hacer enfermar á una mujer como ésta! ¡Qué cuerpo! ¡qué cara! ¡es divina!—Arrojéme á sus pies sin poder contenerme y exclamé:

– ¡Yo también te amo! mujer hechicera. Renace en mí el ardor de la juventud admirando las rosas de tu tez... el esmalte de tus dientes y la tersura de tu piel! ¡Sí, alma mía! Sí, querida...—como yo no sabía su nombre de pila, no pude acabar mi frase entusiasta, pero volvíme rápidamente á sentar en mi silla y exclamé:

– ¡Dime tu nombre!... ¡tu nombre! ¡yo lo mando!

– ¡Laura!... (pronunció su voz armoniosa.)

– Volví á caer de rodillas delante de ella y la dije:

– Sí, querida Laura, mi corazón late de amor por tí; ¡me siento rejuvenecer! creo que tengo 25 años... soy amado, me parece que el pelo vuelve á nacerme en la cabeza, como las ilusiones en mi corazón. . . . . .

Una carcajada estridente salió de aquella boca, y la Marquesa, de pie en medio de la habitación, decía...

– ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡Quieto! ¡quieto, doctor! ¡no cambie V. de postura! ¡está delicioso!

– ¿Cómo? ¿qué quiere decir esto?—pregunté yo aturdido;—¿se está V. burlando de mí?

– Hace media hora... ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡es divino! ¡estos hombres de ciencia! ¡ah! ¡ah! ¡me río con toda mi alma! ¡qué cura tan maravillosa! ¡Nunca me he sentido mejor! ¡Convengamos en que el magnetismo es el método curativo más divertido del mundo!

– ¿Cómo, Marquesa?

– Silencio, doctor; yo prometo no decir á nadie una palabra. Haga V. lo mismo, y convengamos en que nadie como V. cura las enfermedades nerviosas.

Saludé como pude... bajé la escalera de aquella casa casi de coronilla—desde la calle oía yo aún las carcajadas de la Marquesa...—me corrido como un loco, y aquí me tienen Vds. tomando café.

Esto es todo lo que puedo decir respecto al magnetismo. Ahora, ¡saquen Vds. si quieren la consecuencia!

LUIS MARIANO DE LARRA

DON MIGUEL JUÁREZ CELMAN
Presidente actual de la República Argentina

EL MISIONERO

I

En una noche tempestuosa del mes de marzo de 1798, una multitud inmensa se agolpaba á las puertas de la iglesia de la Compañía en Quito (Ecuador) y con curioso respeto contemplaba un sencillo catafalco, colocado en el centro de la nave principal.

Entre los concurrentes se encontraba un oficial muy joven, casi un niño, pues contaría á lo sumo diez y nueve años.

Era alto, delgado, de rubios cabellos y ojos azules.

Su mirada era dulce y reflejaba bondad y ternura.

Se adelantó hasta cerca del catafalco y fijándose en un sacerdote que oraba arrodillado, le preguntó en voz baja:

—Padre mío, ¿quién es el muerto?

—Un misionero: su pérdida nos ha causado profundo pesar: era un héroe, un santo, y ha sido un mártir.

—¿Cómo?

—Ha sucumbido víctima de su abnegación: los salvajes Jíbaros le han asesinado: parece que V. se interesa en la historia del padre Montalvo; venga V. más tarde á verme en la sacristía.

Luis Olmo, pues tal era su nombre, aguardó á la conclusión de la solemne ceremonia y se dirigió en busca del bondadoso jesuíta, quien en breves palabras le refirió la sencilla y conmovedora historia del misionero.

Manuel Montalvo estudiaba en España, su patria, cuando la muerte de sus padres le hizo heredero de una gran fortuna, que pensó en compartir con una joven á quien adoraba y de la cual era ya prometido esposo.

Concluyó su carrera, y soñando con porvenir de inalterable felicidad, fijó el día de su matrimonio.

Por aquel entonces se había declarado una epidemia y una de sus víctimas fué la joven que un día más tarde pensaba vestir el traje de desposada.

Los festines y las galas se trocaron en crespones de luto y en dolor profundo.

Montalvo, aterrado y loco de desesperación, renunció á toda felicidad y se consagró á Dios, haciendo donación de toda su fortuna para aliviar las miserias de la humanidad.

Ansioso de conquistar corazones, pidió se le destinase á América y fué enviado al Ecuador.

ESCUELA GRADUADA DE NIÑAS.—Buenos Aires
Edificio levantado en la calle Talcahuano por cuenta del Consejo Nacional de Educación

Cuando llegó á Quito, solicitó formar parte de las misiones en Maca, y en ellas hizo prodigios de bondad y de abnegación.

Entre los indios Jíbaros hubo muchos que se resistían á las exhortaciones del padre Montalvo, y sorprendido en uno de sus viajes, fué colgado de un árbol y muerto á flechazos.

Un compañero logró rescatar sus restos y darles cristiana sepultura.

Tal fué el relato del sacerdote que conmovido y triste escuchó Luis Olmo, tristeza que durante todo el día empañó su noble semblante.

Al salir de la catedral tropezó con un compañero suyo, joven calavera y descreído.

—Sales de las honras como un difunto, – le dijo; – ¿qué tienes?

Luis refirió á su amigo la historia de Montalvo.

—No sirves para militar, querido.

—¿Por qué?

—Eres demasiado impresionable.

—No sé: tal vez ha sido el sitio, ó la situación especial de mi espíritu, pero es verdad que siento una tristeza como si hubiera sufrido una desgracia.

II

Pocos días después, recibió Olmo una carta de España con sobre de luto.

Su mano temblorosa rompió el sobre y ¡oh dolor! su amante madre había sucumbido, víctima de una pulmonía.

Olmo la adoraba y su desesperación no tuvo límites.

En aquella época fué enviado con Gutiérrez al interior del Napo para someter á unas tribus de indios que se habían sublevado.

Olmo se batió con denuedo en el primer encuentro y siguió adelante.

—Caminamos á una muerte segura, querido Luis, – le dijo Gutiérrez.

—Antes que la vida es la honra.

—Sin embargo, será una muerte sin gloria.

—¡Quién sabe! ¿Vacilas?

—Sí; te lo confieso.

—Porque no tienes fe.

—La prudencia nos ordena retroceder ante ese número considerable de indios.

—Triunfaremos, no lo dudes: tengo convicción en ello.

Los dos jóvenes, heroicos y valientes, batieron á los indios y tomaron gran número de prisioneros.

—La fe nos ha salvado,—exclamó Olmo, satisfecho del resultado.

—La fuerza de nuestro brazo y nuestro valor.

—Eres ateo: no crees en nada, y sin embargo...

—Calla, Luis; el soldado vence por amor propio y por amor á la gloria: lo demás es disparate.

—Gutiérrez, basta ya; sin mi decisión no hubieras seguido adelante y nuestros soldados hubieran retrocedido.

—¿Me insultas? ¿me juzgas cobarde? me darás una satisfacción, – añadió Gutiérrez lanzando chispas por los ojos.

—La religión rechaza el duelo.

—Eres soldado.

—Antes soy cristiano y prudente.

Los jefes intervinieron y ambos oficiales regresaron vigilados á Quito.

La muerte de su madre había sumido á Olmo en tristeza profunda, y la vida militar menos que nunca estaba de acuerdo con su carácter.

A imitación de Montalvo, se consagró á la Iglesia, y, ya ordenado, partió para las misiones del Napo.

Durante muchos años habitó entre los Záparos y los Jíbaros, los primeros dóciles y dispuestos á escuchar á los misioneros, serviciales y favorables para los blancos, aun cuando en la guerra hacen alarde de valor é intrepidez: los segundos, por su temerario arrojo, por lo altivo de su carácter y por lo indomables y amantes de su libertad, podría llamárseles los *araucanos* del Ecuador.

Aun hoy sostienen entre ellos luchas continuas y ha sido inútil cuanto se ha hecho para conquistarlos.

Los españoles, al extender la conquista, los dominaron y vencieron, pero las numerosas tribus que componen la familia *jíbara* hicieron causa común y en un levantamiento general conquistaron su independencia.

El tipo de los *jíbaros* es simpático y casi bello.

Son generalmente de estatura mediana, ojos negros y pequeños, pero vivísimos y brillantes: de frente despejada, nariz aguileña y actitud altiva.

En la sublevación de 1599 tomaron gran número de mujeres españolas y cruzándose la raza, hoy se encuentran multitud de indios con tipo europeo.

Son astutos en alto grado, diestros y ágiles y tienen condiciones especiales características que son dignas de estudio.

Entre todas las tribus jíbaras y záparas conquistó Olmo amor y consideración por su mansedumbre evangélica y su generosa ayuda en las vicisitudes de los indios.

Su abnegación puesta á prueba causaba asombro, pues habiendo caído una india en el caudaloso Pastassa, se arrojó sin vacilar y estuvo próximo á perder la vida por salvarla.

El padre Olmo era considerado como una providencia.

III

Pasaron veintidós años. Las colonias americanas, que se creían bastante fuertes para ser libres y con derecho á emanciparse de la madre patria, enarbolaron el estandarte de la independencia: por todas partes pululaban patriotas y se presentaban caudillos, ansiosos de derramar su sangre en aras de ese principio que ha hecho surgir tantos héroes y ha dado tantos días de gloria como históricas páginas escritas con letras de oro.

La ciudad de Quito, la sultana de los *shiris*, está recostada en la falda oriental del Pichincha, entre jardines y frescos y verdes *potreros*.

Era la noche del 24 de mayo de 1822, célebre en los fastos de la historia por la batalla titulada del Pichincha, ganada por las tropas del general Sucre y fecunda en episodios de valor por ambos ejércitos.

En el campamento de los vencedores, envuelto en una *ruana* y tendido en el suelo de una casita sobre algunas mantas, estaba un joven con los ojos cerrados ya casi en la agonía. A su lado, y prestándole cuidados y consuelos, se encontraba un sacerdote.

Era el padre Olmo.

—Vamos, amigo mío, bebe: esto te reanimará.

—¿Para qué? conozco que ha llegado mi última hora, pero muero contento porque he dado mi vida por la patria.

—Todavía hay esperanza en Dios.

—No: mis horas están contadas.

Y el joven lanzó un grito: sus muchas heridas le causaban atroces dolores y no podía hacer ningún movimiento.

En el combate había recibido un balazo en el brazo derecho, lo que le obligó á tomar la espada con la mano izquierda: otro balazo le fracturó el hueso del antebrazo: la espada cayó al suelo.

Un sargento la recogió, se la colocó en la vaina á la cintura y le ligó el brazo colgándoselo al cuello (1).

El joven guerrero, con el estoico valor de un espartano, siguió á la cabeza de su compañía y arreciando el combate por la indomable resistencia de los españoles, al forzar su última posición en el cerro, recibió otro balazo en el muslo izquierdo, un poco más arriba de la rodilla, que le desastilló el hueso.

Aun el heroico joven cargó con su compañía en el momento decisivo de la batalla, haciendo un esfuerzo superior á su estado desfallecido, y al alcanzar la victoria recibió otro balazo en el muslo de la pierna derecha que le rompió completamente el hueso y lo hizo caer en tierra postrado y exánime.

Sus soldados lo condujeron al campamento, en donde lo hemos encontrado.

Este héroe era el teniente guayaquileño Abdón Calderón, á quien se le ascendió á capitán después de muerto.

Durante largo tiempo la 3.ª compañía del *Yaguachi* estuvo sin capitán, y al pasar la revista de comisario y nombrar á Calderón, contestaba la compañía:

«Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones.»

IV

Tal era el heroico herido encomendado á los cuidados del padre Olmo.

—¡Oh, mi madre! pobre madre mía, —murmuró Calderón.

El misionero procuró endulzar los últimos instantes de aquel que era su amigo más querido, de aquel á quien admiraba en aquel momento por su serenidad en el combate y su temerario valor.

Toda la noche permaneció á su lado, apagando la sed devoradora que sentía.

—Sufro demasiado... quisiera morir, —balbuceaba.

Al amanecer lanzó un ¡ay! lastimero y expiró.

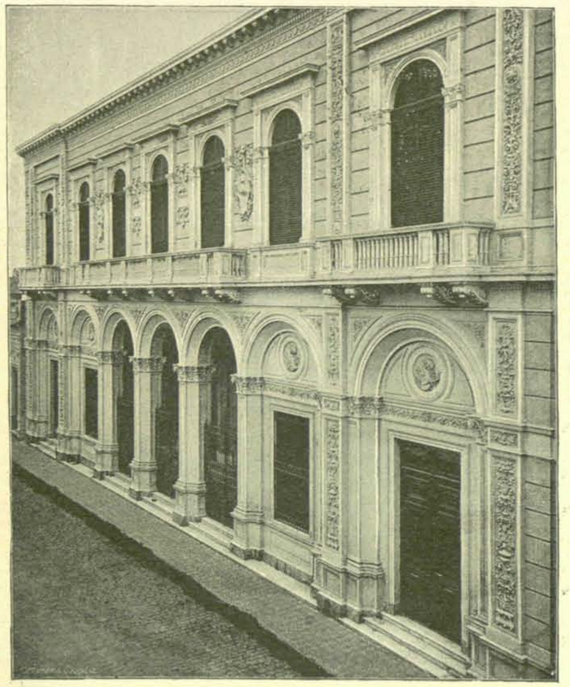
—¡Dios te bendiga! – dijo el misionero con la voz quebrantada por el llanto; – he tenido el triste consuelo de acompañarte en el postrer momento, amigo mío, has muerto víctima de la guerra; ¿hasta cuándo los hombres se destruirán unos á los otros y se exterminarán sin piedad?

Conmovido y triste, acompañó el cadáver hasta la última morada, y después continuó su vida de abnegación, de paz y caridad.

Aún se conserva en los campos del Ecuador el recuerdo del padre Olmo.

LA BARONESA DE WILSON

(1) Detalles históricos publicados por el coronel Manuel Antonio López.



ESCUELA GRADUADA DE NIÑAS.—BUENOS AIRES
edificio levantado en la calle Tacuarí, por cuenta del Consejo Nacional de Educación

LA PROVIDENCIA

POR DON JOSÉ DE SILES

Venía encorvada bajo el largo costal gris, bien repleto de ropa lavada, cuyas blancuras se delataban por la mal cerrada abertura del burdo lienzo. Dejóle caer al suelo, apenas estuvo delante de un zaquizamí, de bajo techo, embutido en un rincón del patio. Con mano experta, que no disimulaba afanosas emociones de cariño, apartó á un lado la destrenzada y polvorienta esterilla de junco, que, á manera de telón teatral, se descolgaba, sujeta de clavos, sobre la puerta. Este movimiento fué respondido por rebullicio y gritería de seres vivos.

Un perro salió enredado entre los pies de un niño. Uno y otro igualmente regocijados por la presencia de la lavandera, parecían disputarse el placer de los primeros saludos. El niño se abrazó á la ancha y maternal cintura de la mujer; el perro le puso las manos hasta muy cerca del seno. Risas y aullidos, palabras tiernas y caricias apretadas se mezclaron en aquel encuentro, que reunía en corto trecho un grupo interesantísimo de dos personas y una bestezuela, enlazadas por enérgicas corrientes de afecto.

—Ea, Toñete, ten juicio,—dijo la mujer al niño, que seguía agarrado á sus enaguas, sin permitirla dar un paso.

El perro había ya recorrido cien veces el patio, en galopes disparatados, agachadas las orejas, alto el hocico, tendido el rabo, con cuatro dedos fuera de la boca la roja cinta de su lengua.

—¿Qué traes?—preguntó el niño, más formalizado, á la mujer.

Esta, dejando revolotear en sus labios una sonrisa de satisfacción, desdobló un medio periódico, mostrando al rapaz, suspenso, jadeante y atentísimo, varias cosas de comer. Eran mendrugos de pan, salchichas, patatas como puños. Saltó de gozo el chico, paró en sus locas carreras el perro, y la mujer penetró en la cobacha con el placidísimo contoneo de un general pasando bajo un arco de triunfo.

Apareció en seguida, escudada de una cazuela y armada de un cuchillo. Hizo una excursión por el patio, recogiendo aquí y allá palitos y pajas que el viento rociara, en sus caprichosas revueltas, por el suelo. Formó un haz,

se ocultó nuevamente en su mísera morada, y, á poco, por un tubo de leprosa chapa, que agujereaba el tejado, brotó leve, negruzca, intermitente humareda, que difundió por la atmósfera resinoso olor de madera quemada.

¡Empezaba á funcionar la cocina! Ya debía haberse colocado la cazuela sobre los dos calcinados peñascos que servían de hornilla. El aceite, que principiaba á calentarse, despedía las partículas de agua con estrepitosos chasquidos. Retorcidas túrdigas de pellejo de patata eran lanzadas al patio, mientras que la carne dorada que envolvían se zambullía, cortada en rodajas, en el líquido hirviente. El niño y el perro danzaban á esta música, como caníbales que se preparan á un festín entre furiosas y gimnásticas cabriolas.

De pronto desaparecían las madejitas de humo y se oían angustiosos resoplidos de fuelle, exhalados por garganta humana. Durante esta faena lo demás quedaba interrumpido, juegos y fritanga, saltos y carcajadas. Una inmensa pena parecía desplomarse con sus negras alas abiertas, sobre el patio, oscureciendo y entristeciéndolo todo. Pero volvía á coronarse de vapor la chimenea, y renacía la vida.

¡Drama conmovedor era aquél en que la alegría de una familia dependía de un soplo de humo!

—Vamos, venid,—gritó finalmente la mujer, presentándose al aire libre con la humeante cazuela de patatas y salchichas, pringosas é incitantes.

La mujer sentóse en el suelo, tomó al niño en su falda, y la primera sopa y la tajada primera fueron embauladas por Antoñete. No hay que decir que éste era hijo de la lavandera, de aquella mujer que, todavía joven, con rasgos bellos en el rostro, soportaba los estragos de un trabajo rudo, bajo todas las ofensas del tiempo, para ganar la comida de un niño. Otros empleos más fáciles hallara si olvidara que era madre. Mas aquella criaturilla, siempre sucia, mal vestida de un chaquetón raído, arrastrando por el polvo, desgarbada y raquítica, casi tan salvaje como el perro con quien vivía, le ablandaba las entrañas, le hacía brincar el corazón á la idea sola de abandono.

¡Vaya! No le habían faltado proporciones á Sebastiana. Todas las noches, cuando regresaba renqueando con su fardo, en las esquinas oía ofertas de señores que la hubieran hecho una media señora. La tentación era grande. Las fatigas del lavado terribles. Las promesas sabían á delicias celestes. Pero, ¿y Toñete? ¿Dónde le metería? ¿Quién sufriría sino ella, que le había parido, á un mocoso tal?... Cerraba los ojos, bajaba la cabeza, rechinaba los dientes, apresuraba el paso, y escapaba como de una visión infernal.

No comprendía su enorme heroísmo. Su mismo trabajo creíalo cosa natural. Para ella el autor de todas sus dichas era la Providencia.

***

La escena anterior era repetida todos los días entre las sombras del crepúsculo de la tarde, al fin del trabajo y al principiar el reposo. Era un espectáculo vulgar, rutinario, desarrollado en sencillas peripecias, que no lograba nunca fijar la atención de las criadas que tendían en las ventanas los paños de cocina para secarse. Necesitaba, en verdad, otros espectadores menos familiarizados con la vida común.

Unos ojos, no acostumbrados á llorar, no iluminados por los oscuros resplandores de la miseria, fijáronse una vez, con más curiosidad que compasión, en el triste trajín culinario de Sebastiana. Los velillos de una de las ventanas del piso principal fueron descorridos por la mano de una dama. Era joven. Su rostro, que se inclinó sobre los cristales, vióse á la mortecina luz del día blanquísimo y hermoso. En él, durante el tráfago de la lavandera, se dibujaron sonrisas y pensamientos, reflexiones y tristezas, algo de lo que se reflejaría en un espejo ante el cual desfilaran las rápidas visiones de los sueños.

Largo rato estuvo mirando al patio la dama; súbitamente echóse aquella vez la noche sobre la tierra. La lluvia, que no dejó de caer mientras el sol brilló turbiamente en el horizonte, parece como que había sostenido un combate con el astro, del cual salió finalmente vencedora. Hubiérase dicho que, con sus interminables madejas de agua, fué tejiendo un velo densísimo de sombras con que dar pronta sepultura al día. El guisote de patatas y salchicha terminóse en la oscuridad de la noche. La dama siguió entre las tinieblas el desenlace de aquella escena de la vida miserable.

—¡Pobre gente! – dijo separándose de la ventana.

Aquel espectáculo la había interesado algún tiempo, y le tributaba un aplauso. Luego, como se pregunta el nombre de un artista, averiguó por su doncella detalles generales sobre aquella familia. Supo, no sin sorpresa grande, que aquel mezquino rancho, que cabía holgadamente en una cazuela, era el resultado de una labor sin tregua, ejecutada con todas las fuerzas del cuerpo, acompañada de sudores, de ahogos, seguida de privaciones, de enfermedades, sin esperanzas de bienestar, no conociendo otro término que el último ronquido de la agonía.

(Continuará)

ESCUELA GRADUADA DE VARONES.—BUENOS AIRES

Edificio levantado en la calle Rodríguez Peña por cuenta del Consejo Nacional de Educación

FÍSICA SIN APARATOS

La física sin aparatos hace prosélitos entre los hombres de ciencia. Hace algún tiempo, el sabio Frank Geraldi, tan conocido en materia de electricidad, dió una conferencia sobre el asunto en el bulevard de los Capuchinos, ejecutando con la mayor habilidad algunos experimentos verdaderamente curiosos. El huevo en la garrafa, el agua hirviendo en un vaso de papel, etc., tuvieron un grande éxito entre los espectadores.

M. Lamy, joven é inteligente profesor de la Sociedad politécnica, repitió luego éstos y otros experimentos ante más de 500 espectadores, y escribía al periódico francés *La Nature:*

«Todos los experimentos hechos por mí me dieron el mejor éxito; pero los que más sorprendieron y excitaron los aplausos del público fueron los siguientes: la rotura de un mango de escoba puesto en anillos de papel sostenido por hojas de navajas de afeitar; la demostración de la presión atmosférica; el huevo entrando en una garrafa; la ebullición del agua en un vaso de papel; la demostración de la conductibilidad de los metales por medio de un pedazo de muselina y de un carbón incandescente.»

Y muchos otros profesores y aficionados emplean honestamente sus ocios en estos ensayos, tan curiosos como divertidos, y sobre todo, tan económicos, pues no necesitan la adquisición de objetos extraordinarios.

Porosidad y permeabilidad de los cuerpos.—Tómense dos vasos de la misma capacidad; échese en uno de ellos agua casi hirviendo hasta la mitad ó menos y cúbrase con un papel fuerte, colocando encima el segundo vaso inverso de modo que se correspondan los bordes, en la forma que indica la figura 1.ª. No se olvide enjugar este segundo vaso de modo que quede bien seco y trasparente.

Esperemos algunos momentos y el vapor de agua que se eleva de la superficie del líquido contenido en el vaso inferior comenzará á traspasar el papel, cuya porosidad y permeabilidad quedarán muy luego puestas en evidencia. Poco á poco va á llenar la cavidad superior formada por el vaso inverso y no tardará en humedecer sus paredes con un baño que se resolverá en gotas de agua. La madera, un tejido de lana, etc., podrán ensayarse sucesivamente y darán el mismo resultado.

Pero hay sustancias impermeables que no se dejan atravesar, como por ejemplo la gutapercha volcanizada de que se hacen los gabanes ó sacos preservadores de la lluvia.

Este experimento nos explica perfectamente por qué es tan penetrante la niebla, la cual traspasa el paño de nuestros vestidos y se pone en contacto con nuestra piel. Un sobretodo de gutapercha nos preservará de su acción.

Una montgolfiera. – Hágase un cilindro hueco del diámetro de un tapón con una hoja de papel muselina. La hoja que envuelve los veinte cigarrillos de un paquete de la Regia conviene perfectamente. Los bordes del cilindro han de estar ligeramente revueltos para que conserve su forma. Si el cilindro de papel se resiste á la confección, hágase un cucurucho de modo que se mantenga firme sobre su base. Hecho esto, de cualquiera de ambas formas, péguese fuego al cilindro por su parte superior. El papel arde enteramente quedando convertido en una laminilla de cenizas que se contrae, arruga y recoge. Este ligero residuo de cenizas, que contiene aire enrarecido por la combustión, se eleva de pronto y sube rápidamente á dos ó tres metros de altura.

He aquí el globo de los hermanos Montgolfier.

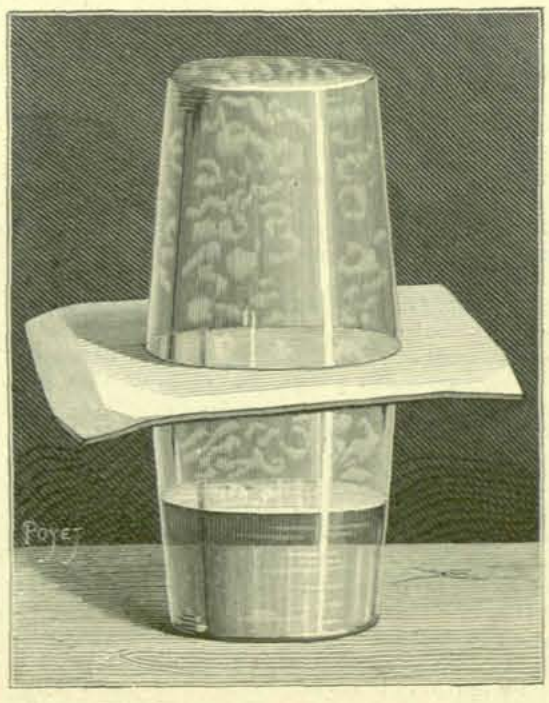


Fig. 1.—Experimento de la porosidad y permeabilidad de los cuerpos.

Fig. 2.—Demostración del principio de ascensión de los globos de aire caliente.

Si el lector deseoso de hacer el experimento no obtiene resultados inmediatos, no desmaye por eso y repítalo hasta obtenerlos, en la seguridad de que es infalible el éxito si el procedimiento está bien hecho.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN